

CARTA DE CHILE

Carta de Taizé'2011

CVX-Galilea (Madrid, España), Adviento de 2010
cvxgalilea@gmail.com <http://www.panyrosas.es/>

*Mi misión no puede ser dejarlos en su miseria
mientras yo me alimento tranquilamente y nada me falta.
Si los amamos, sabremos lo que tendremos que hacer por ellos.*
San Alberto Hurtado de Chile

<http://www.taize.fr/es>



1. INTRODUCCIÓN

De nuevo en 2010 la Comunidad de Taizé envía al mundo una carta escrita por el hermano Alois desde Chile. Reproducimos íntegramente la carta, que se ordena en tres movimientos: alegría, compasión y perdón.



“Cuando decidimos con los responsables de la pastoral de jóvenes de Chile que nuestro segundo encuentro internacional en América Latina tendría lugar en Santiago del 8 al 12 de diciembre de 2010, no imaginábamos que este año 2010 sería para los chilenos un período en el que las dificultades estarían a la altura de las alegrías. La preparación de este encuentro de jóvenes, a lo largo de todo el año, ha dado a muchos de nuestros hermanos la oportunidad de participar de ambas.

Al mismo tiempo que los chilenos celebraban, con otros países latinoamericanos, el bicentenario del advenimiento de la República, la violencia de la tierra y el mar les infringía profundos sufrimientos.

El terremoto de febrero ha afectado sobre todo a los más pobres. Pero el impulso de generosidad que ha surgido de lo profundo del alma chilena ha mostrado hasta qué punto los chilenos forman una sola familia, solidaria en la adversidad. Muchos jóvenes chilenos han ido a ayudar a los que habían perdido casa y trabajo. Han dado su tiempo y sus energías para

construir las “mediasaguas”, pequeñas cabañas de madera que sirven de alojamiento temporal.

En el mismo año, los pueblos autóctonos de Chile, en particular algunos grupos del pueblo mapuche han expresado, mediante una larga huelga de hambre, sus sufrimientos y sus demandas.

Algo después, las imágenes de los treinta y tres mineros subiendo a la superficie de la tierra después del accidente en la mina han devuelto la alegría a todo un pueblo.



A comienzos de diciembre, el encuentro internacional ha hecho posible que miles de jóvenes, no solamente de Chile sino también de todo el continente, compartan alegrías,

penas y desafíos, trabajando de este modo para la realización de una tierra fraterna.

Nos alegramos mucho de acoger en este encuentro a algunos jóvenes de Haití. Su presencia nos recuerda el enorme sufrimiento provocado en su país por el terremoto de enero de 2010. Las heridas están lejos de curarse. Si la situación política y social del país lo permite, una visita a Haití entre el encuentro de Santiago y el encuentro europeo de Rotterdam (fin de diciembre de 2010), nos permitirá expresar la solidaridad de los jóvenes de todos los continentes y también su admiración: la fe mantiene a este pueblo en pie frente a la adversidad.

Continuaremos orando con ellos a lo largo de todo el año que viene: Dios nuestra esperanza, te confiamos al pueblo de Haití. Desconcertados por el sufrimiento incomprensible de los inocentes, te pedimos que inspires el corazón de los que aportan las ayudas indispensables. Conocemos la fe profunda del pueblo haitiano. Asiste a los que sufren, fortalece a los que están abatidos, consuela a los que lloran, derrama tu Espíritu de compasión sobre este pueblo tan probado y tan amado.”



2. ORACIÓN DE ENTRADA¹

No son las hazañas espectaculares,
Sino una alegría serena
Que toca las profundidades del corazón.
El carácter inacabado de toda vida,
Las rupturas y los sufrimientos no se eliminan,
Pero tampoco ahogan la serenidad.

Alegría de nada en concreto y, sin embargo, alegría;
La alegría de la presencia de Dios
Y de su toque en el alma.
Y la experiencia de este
toque,
De esta alegría que nadie
os podrá arrebatar
Porque se ha convertido
en el fondo mismo del
alma,
Determinará el curso y la
visión de la vida.

La opción por la alegría es
inseparable
De la opción por el
hombre.
Ella nos colma de una
compasión sin límites.



Con el ejemplo y la ayuda de la Virgen,
Toda alma pacífica y limpia,
Dispuesta a hacer la voluntad divina,
Puede convertirse en Madre de Dios
Según la gracia: concebir y engendrar
Una pequeña alegría que supera la muerte.

3. MATERIAS PRIMAS

3.1. ALEGRÍA

La alegría del corazón, ésa es tu vida. ¡Deja la tristeza! (Eclesiástico 30,22-23). Esta llamada de un creyente que vivió mucho antes de Cristo se dirige también a nosotros hoy. En nuestras existencias, atravesamos dificultades y sufrimientos, a veces durante largos períodos. Pero quisiéramos buscar siempre reencontrar la alegría de vivir.

Un cristiano del Siglo II llamado Hermas escribe: “Vístete de alegría... Éstos vivirán para Dios: los que se despojen de la tristeza para revestirse de alegría”.

¹ Oración compuesta por www.panyrosas.es a partir de textos de la Carta de Chile 2010 de Taizé.

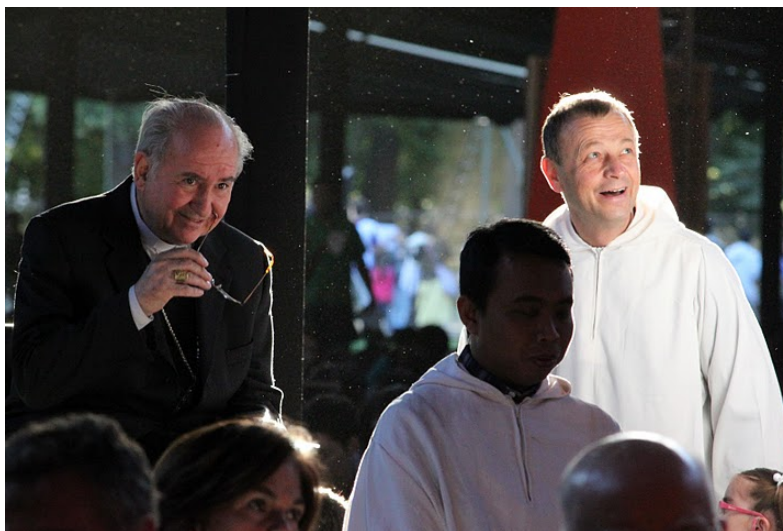
Lo que lleva una vida humana a la plenitud no son las hazañas espectaculares, sino una alegría serena que toca las profundidades del corazón. El carácter inacabado de toda vida, las rupturas y los sufrimientos no se eliminan, pero tampoco ahogan la serenidad.

¿De dónde viene esta alegría? Se despierta por el asombro de un encuentro, por la duración de una amistad, por la creación artística, o también, por la belleza de la naturaleza... El amor que se nos muestra hace nacer una felicidad que colma poco a poco el fondo del alma.

El teólogo ortodoxo Alejandro Schmemmann (1921-1983) escribe en su diario: “Alegría de nada en concreto, y sin embargo, alegría; la alegría de la presencia de Dios y de su toque en el alma. Y la experiencia de este toque, de esta alegría (que “nadie os podrá arrebatar” porque se ha convertido en el fondo mismo del alma) determinará el curso y la dirección de los pensamientos, y la visión de la vida”.

Y somos llevados entonces a hacer una opción por la alegría.

A veces los que conocen la pobreza y la privación son capaces de una alegría de vivir espontánea, una alegría que resiste el desánimo. Aún me acuerdo de aquellos con los que me encontré en Haití hace años, cuando visité el país con el Hermano Roger. En este magnífico país reina una profunda miseria. No puedo olvidar aquellas



madres que a menudo en la mañana no saben si durante la jornada tendrán algo con que dar de comer a sus hijos. Y sin embargo, para la mayoría de los haitianos, ni siquiera el grave terremoto de enero de 2010 ha podido debilitar su confianza en Dios.

Cuando, en muchas ocasiones, la Biblia invita a la alegría, ella también nos muestra la fuente. Esta alegría no depende solamente de circunstancias momentáneas, viene de la confianza en Dios: “Alegraos siempre en el Señor. Os lo repito: alegraos. El Señor está cerca.” (Fil 4, 4-5)

Cristo no ha venido para fundar una religión en competencia con otras. En Él, Dios ha compartido nuestra condición para que cada ser humano se sepa amado por un amor de eternidad y encuentre así su alegría en una comunión con Dios. Al creer en Él, nuestros ojos se abren aún más a todo lo que es humano, el amor de una madre por su hijo, la devoción de los que cuidan a los enfermos. En estos actos de generosidad, Cristo está presente, a veces sin ser reconocido (Mt 25, 35-40).

Cristo aporta una renovación radical del ser humano. Esta vida nueva, la ha vivido primero Él mismo y ha luchado por permanecer fiel. Justo antes de ser arrestado, partió el pan mientras pronunciaba estas palabras misteriosas: “Esto es mi cuerpo entregado por vosotros.” (Lc 22, 19) Sí, Él es “la Palabra hecha carne” (Jn 1,14)). Él ha transformado su muerte injusta en el don

de su vida. Resucitado de entre los muertos, exhala su aliento sobre sus discípulos y les comunica el Espíritu Santo, la vida misma de Dios (Jn 20,22).



El Espíritu Santo deposita la alegría de Cristo resucitado en el fondo de nuestro ser. Esta alegría está ahí no sólo cuando todo es fácil. Cuando se nos coloca delante de una tarea exigente, el esfuerzo puede reanimar la alegría. E incluso en las dificultades, puede permanecer enterrada como la brasa bajo las cenizas, sin apagarse.

El Padre Basilio Gondikakis, abad de un monasterio en el Monte Athos, se expresa con un lenguaje místico, lleno de poesía: “Con el ejemplo y la ayuda de la Virgen, toda alma pacífica y limpia, dispuesta a hacer la voluntad divina, puede convertirse en Madre de Dios según la gracia: concebir y engendrar una pequeña alegría que supera la muerte.”

En la alabanza, permitimos que ascienda en nosotros, y de pronto, el instante se ilumina.

Antes de su pasión, Jesús dijo a los suyos: “Así también vosotros estáis ahora tristes; pero os veré de nuevo, y vuestro corazón se alegrará y nadie os podrá arrebatar ya vuestra alegría” (Juan 16,22).

3.2. COMPASIÓN

La opción por la alegría no es una evasión lejos de los problemas de la vida. Al contrario, ella permite mirar a la realidad de frente, incluso en el sufrimiento.

La opción por la alegría es inseparable de la opción por el hombre. Ella nos colma de una compasión sin límites.

Gustar, aunque sea un poco, la alegría de Dios hace de nosotros mujeres y hombres de comunión. El individualismo como camino hacia la felicidad es una ilusión.

El filósofo judío Martin Buber (1878-1965) escribe: “El Tú se encuentra conmigo por gracia, no como resultado de una búsqueda. Pero el hecho de que yo diga “Tú”, que me dirija a otro con esta palabra fundamental, es la razón de mi ser, lo que me hace existir. Me convierto en Yo por el Tú; Decir Tú me convierte en Yo. Toda vida verdadera es encuentro”.

Ser testigos de la comunión supone tener el valor de ir contracorriente. El Espíritu Santo nos dará la imaginación necesaria para encontrar cómo hacernos cercanos a los que sufren, escucharlos y dejarnos tocar por las situaciones de angustia.

Alberto Hurtado (1878-1965) es un santo chileno, canonizado por el papa Benedicto XVI en 2005. Este sacerdote jesuita es muy venerado en su país, a causa del don de su vida por los pobres. Está en el origen de los “Hogares de Cristo”, en los que se acogen personas sin techo, niños, mujeres y hombres en situación difícil. Tenía como guía de su vida y de sus acciones esta pregunta: ¿Qué haría Cristo en mi lugar? En 1947, escribía a propósito de aquellos que se le había confiado: “Lo primero, amarlos. Amarlos hasta no poder soportar sus desgracias... Mi misión no puede ser solamente consolarlos con hermosas palabras y dejarlos en su miseria, mientras yo me alimento tranquilamente y mientras nada me falta. Su dolor debe hacerme mal. Amarlos para hacerlos vivir, para que la vida humana se expanda en ellos, para que se abra su inteligencia y no queden retrasados. Si los amamos, sabremos lo que tendremos que hacer por ellos. ¿Responderán ellos? Sí, en parte y nada se pierde de lo que se hace en el amor.”

El camino de la felicidad, en el seguimiento de Jesús, consiste en el don de nosotros mismos, día tras día. Por nuestra vida, con una gran sencillez, podemos expresar el amor de Dios.



¡Si nuestras comunidades, nuestras parroquias,

nuestros grupos de jóvenes se convirtiesen cada vez más en lugares de bondad del corazón y de confianza! Lugares donde nos acogamos mutuamente, donde busquemos comprender y sostener al otro, lugares donde estemos atentos a los más débiles, a los que no son parte de nuestro círculo habitual, a los que son más pobres que nosotros.

Uno de los signos de nuestro tiempo es la bella generosidad con la que innumerables personas han ayudado a las víctimas de las dramáticas catástrofes naturales. ¿Cómo puede esta generosidad animar nuestras sociedades, también en la vida cotidiana?

Durante su visita al Reino Unido, el Papa Benedicto XVI hizo esta llamada: “El mundo ha sido también testigo de los ingentes recursos que los gobiernos pueden emplear en el rescate de instituciones financieras consideradas « demasiado grandes para que fracasen ». Desde luego, el desarrollo humano integral de los pueblos del mundo no es menos importante. He aquí una empresa digna de la atención mundial, pues es en verdad «demasiado grande para que fracase»”.

Por necesaria que sea la ayuda material en ciertas situaciones de emergencia, ésta no es suficiente. Lo que importa es hacer justicia a los despojados.

No distribuís vuestras posesiones a los pobres; sólo estáis devolviéndoles lo que les pertenece. Pues habéis reservado para vuestro uso lo que se ha dado para el uso de todos. La tierra pertenece a todos y no solo a los ricos, pero fue expropiada por unos pocos en detrimento de todos los que lo trabajan. Así, lejos de estar realizando gestos de gran generosidad, sólo estáis pagando vuestra deuda (Ambrosio de Milán, Siglo IV).



Los cristianos de América Latina nos lo recuerdan: el combate contra la pobreza es un combate por la justicia. La justicia en las relaciones internacionales, no el asistencialismo.

En el documento final de la Conferencia de Aparecida (mayo 2007), la Iglesia Católica de América Latina escribe: “Trabajar por el bien común global es promover una justa regulación de la economía, finanzas y comercio mundial. Es urgente proseguir en el desendeudamiento externo para favorecer las inversiones en desarrollo y gasto social, prever regulaciones globales para prevenir y controlar los movimientos especulativos de capitales, para la promoción de un comercio justo y la disminución de las barreras proteccionistas de los poderosos, para asegurar precios adecuados de las materias primas que producen los países empobrecidos y normas justas para atraer y regular las inversiones y servicios, entre otros.”

Aprendamos a superar el miedo. Todos conocemos ese reflejo de protección que consiste en querer garantizar nuestra seguridad incluso a expensas del bienestar de los demás. Y esto parece acentuarse en nuestra época, en la que aumenta el sentimiento de inseguridad. ¿Cómo no ceder al miedo? ¿No será yendo al encuentro de los demás, incluso de aquellos que aparecen como una amenaza?

La inmigración es otro signo de nuestro tiempo. A veces es percibida como un peligro, pero es una realidad ineludible que ya está modelando el porvenir. Por supuesto, la inmigración debe regularse, no desde el miedo a los extranjeros, sino teniendo en cuenta una verdadera preocupación por su integración. Para los inmigrantes, encontrar alojamiento y trabajo y aprender la lengua son las prioridades. Para los países de acogida, la concesión de derechos va aparejada con una expectativa razonable de los deberes. ¿No será la vocación de los cristianos

en este contexto mostrar mediante su vida que el miedo al extranjero por “ser extranjero” no está justificado? Acercarse y conocerse mutuamente puede ser un primer paso para superar el miedo que proviene de la ignorancia.

Otro signo de nuestro tiempo es la creciente pobreza en el interior de los países ricos, en los que, a menudo, el abandono y el aislamiento son las primeras causas de la precariedad.

La acumulación exagerada de bienes materiales mata la alegría. Ella nos atrapa en la envidia. La felicidad se encuentra en otra parte: al escoger un estilo de vida sobrio, al trabajar no sólo por el beneficio sino para dar sentido a la existencia, al compartir con los demás, cada uno puede contribuir a crear un futuro de paz. Dios no nos da un espíritu de temor, sino un espíritu de amor y fortaleza interior (2 Tim 1,7).

3.3. PERDÓN

El Evangelio nos anima a ir incluso más lejos: la justicia debe prolongarse en el perdón, las sociedades humanas no pueden vivir sin él. En muchas partes del mundo, las heridas de la historia son profundas. Atrevámonos a poner fin a lo que puede terminarse hoy. Así un futuro de paz, preparado en el corazón de Dios, podrá desplegarse plenamente.

Crear en el perdón de Dios no significa olvidar la falta. El mensaje del perdón nunca puede utilizarse para sostener las injusticias. Al contrario, creer en el perdón nos hace libres para discernir nuestras propias faltas, así como las injusticias en nuestro entorno y en el mundo. Depende de nosotros reparar lo que puede arreglarse. Sobre este arduo camino, encontramos un apoyo vital: en la comunión de la Iglesia, el perdón de Dios puede otorgarse de nuevo.



Cada ser humano tiene tanta necesidad del perdón como del pan cotidiano.

Suzanne de Diétrich (1891-1981), una teóloga protestante que, en los inicios de Taizé, animó a Hermano Roger y a los primeros hermanos a no dudar en comprometerse en la comunidad para toda la vida, escribe: “El cristiano es un hombre que vive del perdón, que sabe bien que todos los días trasgrede los mandamientos de Dios, pero que todos los días retorna también a Dios, y que sabe, con una certeza invencible, que Dios tendrá la última palabra sobre su vida. Cristo

se ha hecho cargo de él, se ha responsabilizado de él ante su Padre; no está solo en la lucha, aquel a quien se ha entregado no le abandonará jamás. Su certeza está bien fundada, no sobre

lo que él es ahora, sino sobre lo que Dios es; sobre la fidelidad y el amor de Dios revelado en Jesucristo. Por esto, ni sus progresos lo ciegan, ni sus derrotas lo abaten. Se levanta siempre de nuevo porque no se pertenece a sí mismo, sino a otro.”

Dios lo da siempre gratuitamente, “Él, que perdona todas tus ofensas...” (Salmo 103,3). Todo



este salmo canta el perdón de Dios. Y el profeta Isaías, en un período sombrío de la historia, recordó al pueblo que Dios perdona siempre y dice: “He disipado tus pecados como nube” (Isaías 44,22).

Abrir las manos en la oración es un gesto muy simple que puede expresar nuestro deseo de acogerlo.

Cuando rezamos en el Padrenuestro “Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos” su perdón ya nos toca. No son palabras en el aire: algo sucede cuando rezamos con estas palabras que Jesús mismo nos enseñó. Y estamos preparados para perdonar también nosotros y a no condenar definitivamente a otra persona cuando hemos sido ofendidos.

Cristo distingue entre la persona y la falta cometida. Hasta su último aliento sobre la cruz, ha rechazado condenar a nadie. Y lejos de minimizar la falta, la ha tomado sobre sí.

Hay situaciones en las que no conseguimos perdonar. La herida es demasiado grande. Entonces debemos recordar que el perdón de Dios no falla nunca. En cuanto a nosotros, a veces conseguimos perdonar sólo por etapas. El deseo de perdonar es ya un primer paso, incluso cuando este deseo permanezca sumergido en la amargura.

Al perdonar, Dios hace algo más que borrar nuestras faltas. Nos da una vida nueva en su amistad, animada día y noche por el Espíritu Santo.

Acoger y transmitir el perdón de Dios, ése es el camino que Cristo ha abierto. Nosotros avanzamos por él a pesar de nuestras fragilidades y de nuestras heridas. Cristo no hace de nosotros mujeres y hombres que han llegado ya a la meta.

Pobres del Evangelio, no tenemos, como cristianos, la pretensión de ser mejores que los demás. Lo que nos caracteriza es simplemente la opción de pertenecer a Cristo. Al hacer esta elección queremos ser totalmente consecuentes.

“El cristiano no sólo pertenece a Jesucristo como sin duda le pertenecen todos los humanos, sino que le pertenece a Él en el sentido de que la obra que Jesucristo realiza en el mundo es el sentido de su propia acción, la lucha que Jesucristo libra en la oscuridad contra la oscuridad es la causa a la cual se entrega y se compromete” (Karl Barth, 1886-1968)

Serafín de Sarov, monje ruso del siglo XIX (1759-1833), escribe: “Adquiere la paz interior y millares entorno a ti encontrarán la salvación.”

Y todos nosotros podemos hacer este descubrimiento: el perdón recibido o dado es creador de alegría. Saberse perdonado es quizás una de las alegrías más profundas, más liberadoras. Ahí está la fuente de la paz interior que Cristo quiere comunicarnos. Esta paz nos llevará lejos, irradiará para los demás y para el mundo.

fr. Alois

